

Martín Anca-arín da cuenta de cómo Rentería se vio afectada por el peor de los temporales y de los temores de sus gentes

Maite Ruiz de Azua

Ilustraciones de Maribel López Gil

No esperen vuestras mercedes en esta ocasión oír de mi boca algunas de las majaderías cometidas en mi infancia o juventud, ni tampoco hazañas de los bravos marinos que ha dado esta villa, ni las conquistas de los hombres de armas que de aquí partieron. Tampoco me detendré a relatarles ninguna de mis travesías y afanes en la mar, no esperen escuchar asomo de aventura esta tarde, pero si aun y todo alguno de los presentes tuviera a bien regalarme con un jarro de vino, yo he de contarles así, cual si fuera hoy, cómo embistió un tremendo temporal a la villa de

Rentería durante cerca de un mes, que tormentas y aguaceros son de sobra conocidos en nuestra tierra, pero como el de aquella primavera del año de 1526 aún nadie recuerda en el lugar.

Encerrado en casa me pasaba las horas asomado a la ventana, con la esperanza de que por fin el cielo se aplacara y las nubes diesen tregua a tal tremenda descarga de agua, pero no había señal ninguna de que esto hubiera de acontecer. Las calles de Rentería estaban anegadas, y el agua discurría por las mismas como si de riachuelos se



tratara; los canales se veían desbordados por la copiosa lluvia y por el volumen de agua que bajaba de los montes de los alrededores.

En horas de marea alta las aguas penetraban en las bodegas y almacenes de la lonja, las mercaderías incluso flotaban, todas echadas a perder: balas de lana que se iban pudriendo, lo mismo el trigo castellano que esperaba su salida hacia Flandes, cuando por fin los barcos se pudieran hacer a la mar. El oleaje era tan intenso que a poco solo se calmaba a la entrada del canal de Rentería. Creo que fue en aquel entonces cuando en la misma boca del puerto del Pasaje, en la punta que llaman de Acando, naufragaron dos naos, hundándose allí mismo con toda su tripulación, sin que nadie hubiera podido acudir en su auxilio.

Casi todos los zaguanes de las casas se habían inundado, las huertas eran puro barrizal y muchos de los animales de los corrales habían muerto ahogados, principalmente gallinas y conejos, y alguna que otra cría de cerdo. Más extraño fue que apareciera muerto el perro de Miguel de Zubieta, flotando en el canal, al pie del molino de Bengoerrotta. Hubo quien dijo que lo sorprendió la riada, y yo más bien creo que algún vecino aprovechó la ocasión para deshacerse del animal. Mala bestia era, casi tanto como su amo, sanguinario y feroz.

Con la barriga hinchada y el pelaje sucio lo recogió en brazos Zubieta, como si de un hijo se tratara; nadie se atrevió a acercarse a él y todo el mundo calló mientras se alejaba por la calle Abajo, en dirección a su casa. No miró a su alrededor desafiante, como tenía por costumbre, sino que marchó con paso lento, sus ojos fijos en el animal, en su fiel Lobo, sin más cortejo que el de sus propios pies arrastrados sobre el lodo. En ese momento incluso sentí lástima.

Miguel de Zubieta era el tonelero más hábil de toda la villa, tenía su taller en la parte baja de su casa, la cual estaba situada al término de la calle Abajo, muy próxima a la puerta de Francia. Su local estaba lleno de madera de roble, procedente de los bosques de la villa, que él mismo transformaba en listones bien pulidos y perfectos, de diferentes medidas, según precisara para las tinas, toneles o barriles. En un rincón se apilaban los aros de hierro y clavos que le proporcionaba el herrero Antón de Zubieta, primo suyo, con el cual no tenía otro trato sino comercial, pese a ser éste el único pariente del que le quedara noticia. En las paredes se veían herramientas para cortar, clavar, medir, afinar, y en un rincón siempre vigilante y más bien amenazadora, una sombra gruñía a todo aquel que pasara ante el taller, y si alguien osaba entrar en el mismo

podía recibir una dentellada o el aviso de unas fauces agitadas. Lobo, así lo llamaba su dueño, que más que a perro se asemejaba a bestia feroz. El más mínimo gesto de su amo servía para aplacar su furia y dócilmente regresar de nuevo a su oscuro rincón y allí reiniciar sus gruñidos. Exigente con su trabajo, Martín de Zubieta lo era en grado sumo con cualquiera que tratase con él. De amigos no se le conocía ninguno, arisco y poco hablador, rehuía el trato con sus semejantes; en cambio, era capaz de tratar con exquisitos cuidados a Lobo.

Como ya he dicho, en aquel tiempo llovía sin cesar desde hacía cuatro semanas atrás. El día no acababa de nacer, fueron días de penumbra y tristeza, como no se han vivido nunca; ni el mercado semanal se celebró, ni los mulateros que acostumbran a llegar desde Navarra hicieron su aparición, ni entró pesca alguna. Como pudimos hicimos frente a la penosa situación en aquellas jornadas; era la furia de la Naturaleza la que dominaba y alguno que otro empezó a hablar de maldición. Cobró fuerza la idea de un endemoniado que había traído la desgracia a nuestras tierras.

Una mañana se acercó al taller de Miguel de Zubieta su primo Antón. Como era de esperar, los ladridos furiosos de Lobo anunciaron su llegada. A modo de recibimiento Miguel le lanzó un fría mirada, no necesitaba nada del herrero, su taller seguía bien provisto de todo tipo de herrajes y, según veía, no era su visita asunto de negocios, pues ni siquiera había traído el carro de reparto. No habló, envió al infierno con la mirada al recién llegado y a punto estuvo de dar la vuelta y desaparecer, pero las palabras de Antón lo detuvieron:

– Es Lobo, las gentes dicen que es ese animal tuyo el origen de este diluvio, de esta maldición que ha caído sobre Rentería, y que mientras esa bestia endiablada continúe dentro de la villa no volveremos a ver el sol.

En otra ocasión el tonelero quizá hubiera dado rienda suelta a una carcajada descomunal y a burlarse cruelmente de las ridículas supersticiones de sus vecinos, pero al comprender que era su compañero Lobo el que estaba en peligro, fuera de sí agarró con sus manos el gznate del espantado Antón y a punto estuvo de dejarlo sin aliento. Sabe Dios si en última instancia el vago recuerdo de esos lazos familiares fue el hilo de su salvación. Endemoniados y malditos eran sus vecinos, ellos eran las bestias, ignorantes que pretendían con el sacrificio del animal aplacar la ira de la naturaleza. Echó de malas maneras al herrero, quien se levantó del suelo con más miedo que dolor y juró que aquella era la última vez que trataba con ese

energúmeno. Dentro de la casa, Miguel paseaba arriba y abajo, grandemente alterado: Lobo, el origen del diluvio; Lobo, causante de una maldición; Lobo, endemoniado... pero él sabía que lo ocurrido semanas atrás había sido un accidente, un desafortunado accidente; Lobo no era el animal sanguinario que las gentes querían ver.

Sucedió el Miércoles de Ceniza, ya días atrás había hecho su aparición en la villa un extraño personaje, mitad fraile, mitad pícaro, mitad sermoneador y un tanto visionario, harapiento pero digno al mismo tiempo, atrayente y a la vez temido. No hubo persona en la villa que no sucumbiera a su elocuencia, prometía la salvación de las almas a cambio del arrepentimiento y algo de alimento con el que garantizar su sustento. Limpió almas de todo pecado, y los que a él se acercaron aseguraban haber sentido las manos del mismísimo Creador sobre sus cabezas. Hubo, incluso, quien dijo que era milagrero y él prometía todo tipo de gracias divinas por doquier,

eso sí, siempre que sus necesidades estuvieran bien cubiertas. Insistía el tal Fray Severiano, que así era como se llamaba el sujeto en cuestión, en que él no tenía interés alguno en el bienestar terrenal, pero no se le vio hacer ascos a una escudilla de alubias, ni rechazar bocado y de los tragos que le daba a la sidra mejor no hablar, que entre dos mozos más de una y dos veces hubieron de llevarlo casi a rstras hasta la casa de los Urbietta, en donde lo habían acogido por estar más próximos al favor divino. Y es que la fama le había precedido a su llegada, Pedro de Urbietta tuvo noticia de él en la ciudad de Vitoria, cuando acudió a la compra de sacas de lana; admirado se quedó de su persona, hechizado casi diría yo. Y así, el fraile despachaba bendiciones, oraciones y penitencias y el pueblo creyó con entusiasmo que gracias a él no habría sino bienestar y buena fortuna, la armonía del Paraíso. En medio de esta extraña bonanza, el párroco Juan de Yerobi, pese a sus dudas, no se atrevía a abrir la boca ante la palabrería de Fray Severiano, si bien no le convencía la



honestidad de este personaje. Veía al pueblo más amable que nunca con su prójimo y más dispuesto a acudir a los Santos Oficios. Zubieta, en cambio, permaneció ajeno a ese hechizo colectivo y miraba todavía con más indiferencia a los que pretendían saludarle.

Pues bien, aquel Miércoles de Ceniza, comienzo de una larga cuarentena de ayunos y abstinencias, confesiones y arrepentimientos, Fray Severiano se hallaba en la plaza ante la iglesia, lanzando su sermón a los cuatro vientos. Los vecinos, boquiabiertos y atemorizados, nos disponíamos a preparar nuestra mente y nuestro cuerpo para la Cuaresma, para librarnos del pecado y obtener la salvación eterna. Ante nosotros Fray Severiano sacudía una pierna de cordero, como muestra de las muchas tentaciones a las que habríamos de cerrar los ojos. En mala hora pasó por su lado el perro Lobo, que se abalanzó sobre la pieza de carne con tal fiereza que parte de las fauces se clavaron en la mano del desafortunado predicador, quien daba grandes gritos de dolor.

– ¡He aquí el mismísimo Satanás! –proclamaba señalando a Lobo–. Cuidaos de él, os rondará, os vigilará, llenará vuestras casas de pecado para que ardáis en las llamas del Infierno. No es

sino una bestia diabólica que os traerá la desgracia, el lamento y la condenación.

No hubo nadie que le cortara el paso al animal, que ya había huido con su preciado botín en dirección a la calle Abajo y nadie tuvo tampoco el valor suficiente para hacer frente a su dueño, Miguel de Zubieta.

Al día siguiente abandonó nuestra villa con su mano maltrecha Fray Severiano, marchó como quien huye de la peste, santiguándose y jurando que jamás volvería a poner los pies en nuestra villa, que ya sentía cómo el Maligno se hacía señor de la misma. Esto causó gran espanto entre la población, terror que se vio aumentado al oscurecerse el cielo repentinamente y desatarse una violenta tormenta de tremendos relámpagos y horrorosos truenos, al tiempo que un torrencial diluvio caía sobre nuestras cabezas. Y ese fue el principio de aquella endiablada Cuaresma, que fueron unos días angustiosos y que parecía que iba a llegar el fin del mundo nadie lo olvida, que el agua lo anegó todo, hasta que un día, así, tal cual, se abrieron los cielos y lució el sol, y todo fueron alegrías, abrazos y fiesta en las calles, precisamente el mismo día en que Miguel de Zubieta, con su perro Lobo en brazos, atravesó la puerta de Francia para no regresar jamás.